

rey de la noche, monarca oscuro que, con su cortejo de animales repugnantes, evoca «Sábado» en *Abaddón*, pp. 412-413, justamente frente a la iglesia de la Concepción, cuando se dirige a la casona de la calle Arcos donde tuvo lugar, en su adolescencia, el primer encuentro con Soledad y a partir de la cual emprenden la marcha, por un túnel secreto, hacia la cripta de la iglesia. La adoración del Demonio se asocia en el Medioevo (ya en la imaginación de los inquisidores, ya realmente) a las prácticas hechiceras, y así se forma el cuadro que hoy día nos ha quedado: los brujos y las brujas (sobre todo brujas, pues muchísimas más mujeres que hombres estuvieron involucradas en procesos de hechicería) que se reunían por medios extraordinarios en la noche del *Sabbat* para rendir homenaje al Príncipe tenebroso y para librarse a la práctica de ritos lascivos y criminales.

Las creencias dualistas acerca del dominio del Príncipe de las Tinieblas en el mundo, y acaso las orgías sexuales que llegaron a practicar —aunque con otro sentido— algunas sectas gnósticas (9) parecen haber influido notoriamente en el desarrollo de las especulaciones sobre la brujería y en la pintura del *Sabbat* que conocemos hoy. Si bien el maniqueo o el cátaro repudiaban al Demonio, no cabe duda de que creían en él y en su tremendo poder; su concepción de Satán como señor de las tinieblas y de la carne, así como el vínculo postulado entre el Demonio, la mujer y la sexualidad (fortalecido, por otra parte, en las corrientes ascéticas de la iglesia) pueden haber pesado, sin duda, en ciertas creencias demoniolátricas, y en la concepción de los rituales sabáticos. Así, por ejemplo, se trasluce algo de las ideas gnóstico-maniqueas en las declaraciones de la bruja tolosana María de Georgel, quien confesó creer «que existía una completa igualdad entre Dios y el Diablo, que el primero era rey del Cielo y el segundo de la Tierra» y que «este combate entre Dios y el Diablo duraba desde la eternidad...» (10).

Entre las notas características atribuidas al *Sabbat* figuraban el consabido vasallaje al Demonio y la abjuración de la fe cristiana (en el caso del ritual erótico de *Abaddón* se cumple virtualmente por parte de «Sábado» la renuncia al reino de la Luz y la sumisión al Príncipe Tenebroso); se repudiaba en especial a la Virgen (repudio que está implícito en el lugar escogido, en la naturaleza del rito que ocurre en la novela y en la mujer que lo propicia); se celebraba asimismo un banquete diabólico y, lo que es más importante para nuestro tema, se practicaba la unión sexual promiscua y frecuentemente incestuosa (el de-

(9) Cfr. Mircea Eliade: *Ocultismo, brujería y modas culturales*, Marymar, Buenos Aires, 1977, pp. 136-137 y ss.

(10) Cfr. Julio Caro Baroja: *Las brujas y su mundo*, «Revista de Occidente», Madrid, 1961, página 130.

monio era el dios del incesto por excelencia) (11), así como la cópula entre seres humanos y demonios íncubos (masculinos) y súcubos (femeninos). Había también frecuentemente una *reina* del *Sabbat* o aqelarre, sobre cuyo cuerpo se celebraba la famosa misa negra de cuya existencia tanto han dudado los historiadores (12). Pero la leyenda está —cultivada por Michelet, Stanislas de Guaita, Huysmans, que se apoyan a su vez en antiguos tratados sobre la brujería— y nos asegura que esta misa sacrílega comprendía, por parte de los asistentes, el humillante homenaje al Demonio, la prostitución de la sacerdotisa con éste, o con su simulacro realizado en madera (señalan los más comedidos), la ronda del *Sabbat*, la presentación de ofrendas y la distribución entre los asistentes de un pastel que se cocinaba sobre el cuerpo de la mujer. Mucho más tarde se acusó a la Montespán de haber ofrecido misas de este género —pero con rasgos aún más aberrantes— con el fin de retener el amor del Rey (13). Cabe notar, no obstante, que, si los elementos eróticos y las descripciones pornográficas abundan en todos los relatos sabáticos que se conocen (14), ello no implica que estas orgías demoníacas tuvieran como fin simplemente el placer, que por otro lado se negaba. Advierte Mircea Eliade que «La mayoría de las brujas... declaraba no alcanzar placer alguno en su coito con el diablo. Cuando leemos sus testimonios, todos nos suenan más a una dura prueba de iniciación que a una *partie de plaisir*. El carácter penoso de las orgías era bien conocido, y no sólo entre los que eventualmente eran sospechosos de brujería». (15).

Entre estas prácticas rituales satánicas de la Edad Media y el ritual que se realiza en *Abaddón* podemos hallar, en suma, las siguientes afinidades: 1. Se trata de rituales con un contenido erótico y un sentido iniciático, donde el placer o bien no existe, o es totalmente secundario con respecto a la finalidad perseguida que es, en ambos casos, la vinculación con el poder de las Tinieblas y la abjuración del reino de la Luz. 2. En los dos casos se invierten los símbolos cristianos. En la novela estos símbolos son: la misma Iglesia (el rito se realiza bajo la cripta, en el reverso, en lo inferior y subterráneo), la Virgen María (a quien se le opone Soledad, la mujer serpiente), y el misterio de la Inmaculada Concepción (contrapuesto al horrendo misterio de la desfloración del ojo sexual). 3. El carácter protagónico del

---

(11) Cfr. Jules Bois: *Le satanisme et la magie*, avec une étude de J. K. Huysmans, Léon Chailly éditeur, Paris, 1895, p. 193.

(12) Cfr. Caro Baroja: *Op. cit.*, p. 239; Geoffrey Parrinder: *La brujería*, Eudeba, Buenos Aires, 1963, pp. 60-61.

(13) Cfr. Fabre des Essarts: *Sadisme, satanisme et gnose*, Paris, Bodin Libraire Editeur, 1906.

(14) Cfr. Caro Baroja: *Op. cit.*, p. 352; Parrinder: *Op. cit.*, pp. 79-80.

(15) Mircea Eliade: *Op. cit.*, p. 141.

personaje femenino en la celebración del rito. En la misa negra, en el aquelarre, y en *Abaddón*, la mujer es el eje de la ceremonia. También en la misa negra había —cabe señalarlo— un oficiante masculino, pero que realizaba sólo el papel hierofántico que el siniestro R. cumple también en la novela.

### 3. EL «MAITHUNA» Y LOS RASGOS ESPANTABLES DEL TANTRISMO

Lo cópula ritual de Sábato y Soledad no puede menos que recordarnos, al menos en lo que hace a su forma exterior, al *maithuna* hindú. En lo que respecta a su significado profundo puede decirse, en cambio, que el rito de *Abaddón* supone más bien, en cierto sentido, una inversión del coito sagrado del hinduismo.

En la India pretántrica se practicaba ya el *maithuna* en dos niveles y con dos finalidades: como unión conyugal ritual, que repetía y renovaba la hierogamia entre el Cielo y la Tierra, entre el Principio Masculino y el Femenino; como unión sexual orgiástica, que aspiraba a la propiciación de la fecundidad, o a la creación de una defensa mágica. La práctica del *maithuna* se renueva en el tantrismo y en el budismo, donde se llega a considerarlo como un medio de salvación. Un clásico modelo del *maithuna* es el *Yāb-Yum*, ícono tibetano donde Buddha y su Shakti (el principio femenino activo de la manifestación) aparecen estrechamente abrazados, simbolizando la unidad e identidad trascendente de los principios cósmicos: lo manifestado y lo no manifestado, lo activo y lo pasivo (16).

Cabe señalar que en el rito tántrico no orgiástico del *maithuna*, la mujer (encarnación de la sustancia universal —*prakrti*— y de la Shakti o Energía femenina, madre del universo fenoménico) ha sido cuidadosamente escogida por el *guru*: debe ser joven, bella y sabia. Es muy importante advertir que el *maithuna* no supone la consumación del placer sexual; de ser así, por el contrario, el *yogi* y la *yogini* caerían en la cadena kármica en vez de liberarse. Se exige, en cambio, el prolongamiento de la tensión hasta lograr una experiencia nirvánica que concluiría con el «retorno» o «aspiración» del semen, procedimiento presumiblemente posibilitado por las técnicas yóguicas de absoluto dominio corporal. Esta ceremonia persigue el más alto fin metafísico-religioso: el regreso a la Unidad donde se confunden los contrarios, la abolición del Tiempo, la reconquista de la plenitud que precede al des-

---

(16) Cfr. sobre el *maithuna*: M. Eliade: «Notes sur l'érotique mystique indienne», *La Table Ronde*, París, núm. 97, Janvier 1956, pp. 28-33; *Le Yoga. Immortalité et Liberté*, Payot, París, 1954, pp. 256 y ss.; *Técnicas del yoga*, Fabril Editora, Buenos Aires, 1972, páginas 181 y ss.